
NACIONALISMO

Por JOSE VASCONCELOS

NO tiene la edad presente ningún privilegio sobre las anteriores. Cambios profundos de la estructura económica se están operando en la actualidad, lo mismo que ha ocurrido periódicamente en la historia. No cambia la naturaleza humana, pero sí se transforman las condiciones de su ambiente, las peculiaridades de la tarea social heredada. Y cada época busca el equilibrio momentáneo, la equidad relativa en medio de la desilusión y la ilusión, el éxito y la miseria. Constantemente los pueblos de vitalidad expansiva tienden al internacionalismo que es para ellos una extensión de sus propias modalidades; constantemente también, los pueblos amenazados se refugian en el nacionalismo que les defiende la personalidad y de paso la economía. Entre tanto conquistan a su vez la oportunidad de la expansión que se disimula con la doctrina del internacionalismo.

En general y prescindiendo por el momento de lo que tiene de profundo y legítimo todo nacionalismo, el nacionalismo de nuestros días es una reacción defensiva contra la absorción económica y política de los Imperios dominantes de la época. En tiempos de Felipe II y de Isabel, fuimos internacionalistas en forma mucho más poderosa y noble que el mezquino internacionalismo abstracto e hipócrita que hoy pretende fundarse en un humanitarismo subordinado a la Banca y a la Industria que buscan mercados. Universalismo fue el de España que todo lo abarcaba en su lema sublime: Una Patria, un Dios, una Cultura. De todo se dió a los indios en la misma proporción escasa en que lo disfrutaron los blancos.

Pero fue traición andarse sumando al internacionalismo que nos asignaba el papel de mercado, la condición de cliente irresponsable, lo mismo para las manufacturas que para las ideas. Y es sólo para evitarnos la rectificación y mantenernos en estado confuso, por lo que nos llegan del exterior las consignas de que hay que librar la batalla del fascismo contra el comunismo. En realidad para nosotros, la pelea es de nacionalismo contra la absorción económica y política que hace más de un siglo nos está haciendo parias.

Cuando un gran Imperio se halla enfrente de una tribu salvaje, de una nación corrompida, el imperialismo con todos sus horrores es menos malo que la prolongación de situaciones que han llegado a ser subhumanas. Pero una nación que tiene herencia, un pueblo que significa algo en el panorama mundial, tiene el deber de oponerse a imperia-

lismos e internacionalismos que al imponer su propio tipo de cultura, destruyen la originalidad nacional y empobrecen el caudal de la especie. Por eso nadie se debe pronunciar, en abstracto, entre internacionalismo conquistador y nacionalismo celoso de su autonomía. Todo depende del caso especial que se juzgue. Para tener derecho a proclamarnos nacionalistas, hace falta algo más que un territorio, legalmente propio y una población más o menos numerosa. Precisa, además, que la población que habita un territorio, sepa explotarlo según normas de justicia y de laboriosidad y que espiritualmente represente algo distinto de los conquistadores y además valioso como variedad humana.

A nadie le duele que los Estados Unidos hayan reemplazado al piel roja en el Occidente norteamericano. Pero todavía la literatura yankee escribe páginas de sentimentalismo noble, por la destrucción que la conquista consumó en la casta española de California, abandonada por nosotros a su suerte, mientras nos dedicábamos a inventarle títulos a los Santa Annas que nos han oprimido. También nadie puede sostener en serio que fue un mal la conquista española de América que creó naciones donde sólo había tribus caníbales. Menos que nadie nosotros los mexicanos que, de la noche azteca, pasamos a la armonía de esa Colonia cuyas huellas en templos y palacios, son hasta la fecha la única obra que podemos presentar con orgullo al extranjero.

Para legitimidad de un nacionalismo hace falta, en consecuencia, un valor humano encarnado en un pueblo. Ni la Abisinia, ni el Imperio de Moctezuma, ni el Egipto de los turcos, han merecido ni merecen compasión por su suerte. Al contrario, la historia bendice al Imperio que de tales decadencias se apodera para transformarlas otra vez en nación civilizada. Y si el mundo ha tenido paciencia con las naciones de nuestra América, castigadas por largos cesarismos salvajes, ello se debe, en primer lugar, a las rivalidades de los fuertes que han impedido que seamos botín de nuevos repartos y en segundo lugar a la esperanza que cada una de las naciones de la América latina representa, por su origen hispánico, semilla cristiana que siempre es capaz de brotes nuevos y de resurgimientos espléndidos.

Lejos de nuestro mundo, en todo el planeta se desarrolla en la actualidad un vigoroso renacimiento nacionalista. El debilitamiento de los grandes imperios durante la Gran Guerra, renovó la esperanza de las naciones mediatizadas. La crueldad de la explotación industrialista ha movido la voluntad de los coloniales. El interés de grupos ajenos al mecanismo de la explotación en grande fomenta la rebeldía; tales son factores del nacionalismo económico que hoy se advierte en todos los Continentes. La tendencia a hacer de cada pueblo una unidad económica que se baste a sí misma, reemplaza hoy la tesis práctica de ayer, del mercado libre y la concentración de las manufacturas en ciertos centros; la producción de materias primas, convertida en la única ocupación de las Colonias.

Y nos hallamos dentro de un nacionalismo que equivale en lo internacional al individualismo de la escuela liberal o durante los primeros siglos cristianos. El individuo como entidad frente al Estado, y como una soberanía y libre arbitrio enfrentados al cosmos: eso es lo cristiano. Y así se levantan hoy las naciones menores frente a los Imperios. A la sociología behaviorista y biológica de los imperios que se anexan colonias se

opone en la actualidad un nacionalismo fundado en la ilustre tradición que reconoce el derecho a la vida de todo lo que es singular, noble, inteligente y fecundo.

Para dar vida a todos estos procesos nacionales independientes, la economía se modifica y en vez de que las escuadras vayan a China o a nuestra América a forzar mercados en beneficio de Nueva York y de Chicago, los grandes Imperios nos dan el ejemplo de elevar las tarifas, en defensa de su economía interior, aun a costa de mermas en su comercio externo.

Las más atrasadas naciones, en las últimas décadas, han visto crecer su industria. Y se habla de guerra de tarifas, donde sólo hay una justa reacción contra una falsificación del internacionalismo; la versión que lo convertía en bandera del imperialismo.

Y hasta donde es posible predecir, cada pueblo en el inmediato futuro manufacturará en casa las materias primas que en su territorio se producen. Poner la fábrica al lado de la fuente de producción no es sino una medida obvia aunque retrasada de la economía. En vez del absurdo viaje que todavía hace el algodón desde el Egipto, el Brasil y la India a Manchester, en el futuro el algodón saldrá tejido y elaborado del Egipto, la India y el Brasil. Todo esto es nacionalismo sano y también consecuencia racional de las circunstancias en que tiene que operar la industria del futuro.

En sus períodos de transición y de inexperiencia, el hombre se deja llevar de la economía, como se dejan llevar del clima los primitivos. Y en el caso que venimos observando, por lo pronto, la economía está sirviendo de estímulo al retorno del nacionalismo y la independencia de las regiones colonizadas. Y por fortuna, tal cambio no supone un retorno al aislamiento de la tribu, ni es este el tipo de nacionalismo que propugnamos. Lo que buscamos es independizar los ideales humanos de las necesidades económicas que los han vuelto turbios. Una sociedad de naciones económicamente autónomas, estará en mejores condiciones de crear mañana un internacionalismo fundado en la simpatía humana y en la cultura. Nacionalismo más sincero, más sólido, más generoso que el internacionalismo que hoy perece, internacionalismo de la Banca Judía y el Imperio que asalta mercados y empobrece las regiones que toma bajo su dominio.

Las diferencias geográficas, las modalidades de la cultura, serán un motivo de nacionalismo que a nadie ofende y sí a todo el mundo estimula e interesa. El día que se viaje por curiosidad y amor del prójimo, más bien que por interés de venderle productos, el internacionalismo habrá dado un gran paso. Para ello es menester que primeramente se constituyan, se organicen los diversos nacionalismos, a base de cooperación económica, vendiendo cada quien sus productos típicos y sin perjuicio de las divergencias, las variedades que se derivan de la riqueza del espíritu humano.

Que nadie llore, pues, por el internacionalismo hipócrita que hoy claudica y que todos al trabajar por la patria local, consideren que ella también es un medio de que el hombre llene su misión. Y que cada patria es parte de la gran tarea humana. Y que cada una que se logra, es un tesoro para la conciencia de todos los hombres. Y cada fracaso, una fatalidad que afecta al mundo.